



LIBRO XV

CAPITULO PRIMERO

Abatimiento de Robespierre.—El Ser Supremo.—Muerte de Condorcet.—Muerte de Chaumette y de la Comuna

Actitud de la Convención.—Irritación de Robespierre.—Soledad de éste.—El amanecer en el 94.—Madama Condorcet.—Su último libro.—Escápase de París.—Su muerte.—Nada reemplaza á la Comuna de Chaumette.—Valor de Lucila Desmoulins—su muerte.—La religiosidad de Dunas y Fouquier Tinville.—Muerte de Chaumette.

Durante la ejecución, la Convención permaneció muda. El comité llenó sus funciones en aquella breve sesión. Couthon y Vadier dijeron que la muerte de Danton representaba para la Asamblea un consuelo, pues ella hubiera muerto á manos del elocuente tribuno. En los Jacobinos aun se dijo otro horror: que Danton preparaba una matanza general en París. Vadier añadió que la Asamblea sabía demasiado que todos los representantes en misiones darían cuenta de sus actos: que era como decir: «Mucha sangre. La Convención no tiene por qué temer.»

La idea apoyada por Couthon se decretó en seguida. Hubo quien protestó, quizás estudiadamente, diciendo que al aprobar semejante decreto no se podía censurar á los dictadores.

«¡Nosotros dictadores!» dijo Couthon. Los dos comediantes levanta-

taron sus brazos y juraron que si se elevaba un dictador moriría á sus manos.

Pero hay que confesar que obtuvieron más éxito del que suponían. La Convención, en efecto, declaró como un solo hombre, rejuvenecida y vibrante que todo dictador sería asesinado.

Esta escena obtuvo el efecto de una repetición preparatoria del drama de Thermidor.



FRERON

¿Tendía Robespierre á la dictadura? Aunque no la hubiera deseado la situación parecía exigírsela. La dictadura era su solo asilo, su necesidad, su fatalidad.

En un mes ó seis semanas se encontró dueño del poder. Pero esto no era nada para él. Quería el poder moral, y el violento grito de la Asamblea que parecía salir del patíbulo de Danton, decíale: «¡Jamás!»

Por la noche respondió en los Jacobinos con otro «¡Jamás!» furioso. Lo que propusieron Vadier y Couthon, acatado por todos porque se creía emanado de Robespierre, fué atacado agriamente por él, sosteniendo que esta teoría favorecía á los bribones.

Jamás se mostró más agresivo ni más salvaje que aquella noche. ¿Qué había que hacer para apaciguar al maestro?

Aquella contrariedad irritó de tal modo á Robespierre que sus amigos no sabían qué hacer, aumentando el dolor que la muerte de Danton había causado.

Cuando el día 6 por la mañana dijo Couthon: «Preparemos un informe sobre una fiesta al Eterno» en la Montaña sintióse instintiva rabia.

¡Hablar de fiestas á Dios al día siguiente de una jornada tan horrible! ¿Dónde se celebraría la fiesta, dónde? ¿En la plaza ó sobre el patíbulo todavía humeante, ó en el cementerio donde la caí devoraba todo lo que adoraba la Francia?

No fué solo la Montaña la que sintió esto. En la derechá, en el centro, causó dolorosa impresión la noticia. Ordenar, organizar fiestas entre aquella carnicería, entre las flores de la primavera y los llantos de tantas desgracias ¿era honrar á Dios ú ofenderle?

Todos se equivocaron. Aquel llamamiento á Dios, tan extraño en aquellos momentos, era entusiasta, sincero. Aun siendo todos hijos de Rousseau conservaban cierta idealidad religiosa. Era un recurso que empleaban en aquella espantosa soledad.

Robespierre sentía la necesidad de renovarse, de crear algo nuevo. ¿Qué podía él crear sin la ayuda de Dios?

Recordemos en pocas líneas el destino de Robespierre después del 31 de Mayo. Dos espectros le perseguían.

El espectro de la guerra social y el de la corrupción pública, peligros lógicos en un pueblo esclavo, lanzado repentinamente á una vertiginosa carrera de libertad.

Robespierre vió en todas partes la corrupción y quiso perseguirle tenazmente, causándole un horror invencible el espectro de inmoralidades no siempre comprobadas. ¿Creyó verdaderamente que todos los perseguidos eran gente inmoral? Así lo pienso. Su terrible imaginación hízole creer cuanto él tenía interés en creer. Se han encontrado las listas de hombres que estimaba honrados.

Eran muy poco numerosas, trágicamente pocas. Busca y rebusca todos los días con el mismo encarnizamiento y la lista de los hombres honrados no aumenta. ¡Ya no hay más hombres!

Vivía en el terror del vacío. La idea de Dios es fecunda cuando se concibe como principio de Justicia pero la palabra Dios no es fecunda, es una abstracción.

Como Ser Supremo, es decir, como neutralidad política entre la Revolución y el Cristianismo, entre la Justicia y la Gracia, condenar á perpetua esterilidad.

Así, por el horror del vacío, Robespierre volvió sus ojos hacia otro vacío más horroroso. La idea de Robespierre, ¡donosa idea! era que la Francia había perdido á Dios y era necesario que lo recuperase. ¡Dios!

Pero ¿dónde no estaba? ¿Quién no lo veía iluminando la marcha de nuestros ejércitos de las fronteras? ¿Quién no lo veía en el sacrificio de nuestros humildes soldados? ¿Quién no lo veía en la grande alma de la iglesia militante, la que con sus trabajos anónimos fundó treinta mil leyes con las que la Francia inauguró el imperio de la legalidad? ¿Dios estaba ausente, invisible en los sufrimientos de tantos mártires de la libertad, en el último canto de Vergniaud, en la última palabra de Philippeaux y Desmoulins? Algo de Dios había en la muerte de Danton, en la suprema mirada que éste dirigió al cielo...

La enfermedad de los espíritus estribaba en buscar á Dios en los libros, en tal página de Rousseau, como en un diccionario, en no reconocerlo en las infinitas formas de la vida y de la acción nacional. ¡Era una blasfemia decir que la Francia vivía sin Dios! Faltaba sólo reconocerlo. Robespierre alejábese al juzgar á los hombres de los verdaderos principios de la religión del Dios de la clemencia y de la humanidad.

Para él el hombre era solo culpable, cuando la República fué traicionada con tanta frecuencia por las cosas como por las personas. Su monomanía era la persecución del traidor, y en tal concepto tenía á los agitadores de partido y de un golpe los hizo desaparecer, pero precisamente esto fué su suicidio, porque se prohibió la materia que servía para las acusaciones en las que él fundaba toda su fuerza para deslumbrar y apasionar al pueblo.

Hasta entonces podía decirse que estos agitadores eran los obstáculos de la Revolución. Muertos ellos, ni avanzó la Revolución ni retrocedió. Se observó que aquellos organismos eran una fuerza necesaria para la vida política. En cada uno de ellos resumíase la fuerza de un partido. Estos partidos eran susceptibles de dirección por ellos mismos y representaban en la política el papel de intermediarios. Robespierre, dueño del mecanismo, no sabía dirigirlo. ¿Cómo en el 93 había sabido? Porque entonces no cercenó estos elementos, sino que los aprovechó como resortes gubernativos, digámoslo así; eran fuerzas sociales aprovechables y en ningún modo se las debió aniquilar.

Sin la alianza efímera de Collot, Hebert no hubiera contado con el concurso de los 600.000 ejemplares del *Pere Duchesne*.

Sin la amistad de Danton y Desmoulins en Diciembre no hubiera podido aliar á los llamados indulgentes contra Cloutz y Chaumette. Robespierre destruyó todos los agentes que le proporcionaban fuerzas indirectamente y que probablemente lo hubieran salvado.

El nombre de Dios lanzado repentinamente sobre la tumba de Danton pareció á Europa un signo de amnistía.

Ideas de paz penetraron en el corazón de todos. ¿Cómo morir al principio de aquella primavera rica en flores, cuando la naturaleza mostraba su seductor contorno? ¡Cuánto sufrirían aquellos girondinos perseguidos fieramente por Robespierre, cantadores de la naturaleza, ¡poetas en todas las manifestaciones de la vida!

«El amor es fuerte como la muerte.» En aquella época de muerte se experimentaban precisamente sensaciones de amor diversas, porque



«¡Pobre Philippaux! ¿Qué has hecho tú? ...» El mismo carruaje los conducía a todos. (Pág. 421)

la proximidad de la muerte le daban no sé qué encantos divinos, una exaltación elevadamente romántica y dolorosa en el fondo.

El viaje de Louvet á través de Francia buscando el objeto de su amor, es una bellísima página.



E. general Jourdon en la batalla de Fleurus. (Cuadro de Maurisse. Museo de Versalles.)

El amor salvó á Louvet. El amor perdió á Desmoulins. No fué el amor extraño á la muerte de Condorcet.

El 6 de Abril, Louvet entró en París para ver á Lodoïska; Condorcet marchábase al mismo tiempo para evitarle peligros á su Sofía.

Al menos esta es la única explicación que puede dársele á su fuga de proscrito que abandona su asilo.

Decir que Condorcet, seducido por la primavera, salió de su casa para ver el campo, es una extraña explicación, casi increíble y además muy poco seria.

Para comprenderlo basta explicar la situación de esta familia.

Madama de Condorcet, joven, bella y virtuosa, esposa del ilustre proscrito que podía ser su padre, encontróse en el momento de la proscripción y del secuestro de bienes en situación precaria. Ninguno de los dos poseían medios para huir. Cabanis, amigo suyo, dirigióse á dos alumnos de medicina, célebres después, Pinel y Boyer. Condorcet fué colocado por ellos en un puesto casi público, en la casa de huéspedes de la señora Vernet, cerca del Luxemburgo.

Esta mujer portose admirablemente. Un montañés que vivía en la misma casa mostróse bueno y discreto, pues viendo á Condorcet todos los días aparentaba no conocerlo. Madama de Condorcet vivía en Auteuil y todos los días visitaba á su marido yendo á pie á París.

Encargada de la familia, había de procurar por la vida de todos. Un hermano del secretario de Condorcet tenía una casa en la calle de Saint-Honoré, número 352, en cuyo entresuelo la esposa de Condorcet dedicóse á hacer retratos. Aquella mujer encantadora, atractiva, de singular pureza y dignidad, atrajo á la mayoría de los enemigos de su marido.

¿Qué no oiría la buena señora? Se la lastimó el alma de tal modo que contrajo para siempre una enfermedad: languedecía. Por la noche, temblándole el corazón, deslizábase en las sombras hasta la calle de Servandoci, sombría y húmeda, y subía á la estrecha habitación de su marido. El amor y el amor filial proporcionaban á Condorcet algunas horas de inefable alegría. Inútil es decir cómo alejaba ella de su espíritu los sufrimientos del día, las humillaciones, ligerezas bárbaras, los suplicios de un alma herida, al precio de los cuales sostenía á su esposo, al gran Condorcet, á toda una familia. Pero Condorcet era demasiado sagaz y penetrante para no adivinarlo todo y verlo todo bajo la pálida sonrisa en que se dibujaba la muerte interior de aquel divino ser. Poco expresivo, callaba y observaba, pero comenzó á aborrecer una vida que comprometía la de su mujer, lo que más amaba en el mundo.

¿Qué había hecho para merecer estos suplicios? Ninguna de las faltas de los girondinos. Lejos de ser federalista había escrito demostrando las ventajas de la centralización parisién. El nombre de la República, el primer escrito, manifiesto republicano, había sido redactado con su ayuda y lanzado cuando Robespierre, Vergniaud, Danton y otro

dudaban todavía. Había escrito, es cierto, este primer proyecto de constitución inaplicable, con el que jamás pudo dar á la máquina movimiento. Jamás ha dicho Condorcet que la Constitución del 93 era un medio hábil para organizar la dictadura como pretende Chabot, pero lo demostró en un violento folleto presentando nada más, analizando, comparando los hechos. Se ha visto como Chabot, espantado de su propia audacia, buscó la reconciliación con Robespierre, pidiendo la proscripción de Condorcet.

Este, que escribió el folleto el 31 de Mayo, sabía demasiado que se jugaba la vida y pidió á su amigo Cabanis que le facilitara un veneno seguro. Fortalecido con esta arma y pudiendo siempre disponer de sí mismo, quería desde su asilo continuar la polémica, el duelo de la lógica contra la guillotina, terrorizar el Terror de los vencedores de la Razón. Tal era su fe profunda en este Dios del siglo XVIII, en la victoria infalible del buen sentido del género humano.

Solo una dulce voz le detuvo, la de aquella adorada mujer, su frente flor abandonada á las violencias del mundo, que por él vivía e iba á morir por él. Madama de Condorcet pidióle el sacrificio más grande, el de su pasión, el del combate ya empeñado, es decir, el sacrificio del corazón. Le rogó que abandonara la lucha política, á sus enemigos, todo aquel mundo de seres furiosos que le robaban el tiempo que le quedaba para penetrar en el templo de la inmortalidad, impidiéndole la realización de su pensamiento, que era escribir un *Cuadro de los progresos del espíritu humano*.

Grande fué el esfuerzo. Impúsose Condorcet una frialdad austera. El solitario desde su morada no veía más que las desnudas copas de los árboles del Luxemburgo.

Hacia fines de Marzo terminaba su obra, y en ella parecían revivir todas las edades del mundo, todos los siglos, la vitalidad de las ciencias.

¿Qué es la historia y la ciencia? La lucha contra la muerte. La vehemente aspiración de un alma inmortal por comunicarse con la inmortalidad llegó hasta elevarle á la siguiente forma profética: «La ciencia vencerá á la muerte. Entonces ya no se morirá.»

Sublime desafío al reino de la muerte, en el que ya vivía Condorcet. ¡Noble y encantadora venganza!

Condorcet refugióse en la dicha reservada y soñada por él al género humano, bañando su espíritu en las delicias del porvenir. El día 6 de Abril, después de escrita la última línea, púsose un traje de obrero y franqueó la casa de la señora Vernet. Había ésta adivinado su proyecto y vigilábale atentamente. Condorcet se escapó empleando subterfugios. En un bolsillo guardaba su fiel amigo, su libertador; en otro al poeta romano que escribió los himnos fúnebres á la libertad muriente.

Fué durante todo el día errante por el campo. Por la noche entró en la encantadora villa de Fontenay-aux-Roses, habitada por numero-